

AUTOPSIA

(Cuento)

De su libro "ABANDONADOS EN LA TIERRA", actualmente en prensa.

Las zorras bajan denoche hasta el bisel de la breve meseta en la que pululan las espigas vanas; luego, con una gallina muerta en el hocico palpitante, descienden saltando hábilmente de lado, lanzando gruñidos de rabia y de placer, y proyectando en el trayecto rápidas secreciones de orina fétida.

Así, ganan las faldas de la colina en donde la tierra es suave y porosa por la arena fina que tanto gusta a los frutales. Bajo ese humus filtrante y fértil, las zorras nocturnas que tuvieron éxito en sus correrías, esconden sus presas de pluma. Tienen éstas los ojos fríos y saltones y parecen mirar ridículamente admiradas a sus nocturnas matadoras.



La mujer blanca, de cabellera espesa, brillante y negra como el azul del abismo más radiante, llegó a medianoche.

El fraile —disfrazado de civil— que la dejó allí, le ayudó a desmontar y al recibirla entre la penumbra, aspiró el olor de la mujer confundido con el de la caballería y el cuero de la silla.

El cuerpo de la señora cayó pesadamente; y el hombre —o el fraile— sintió una gran profundidad, comunicándose desde aquel cuerpo oscuro de mujer blanca, envuelto en la oscuridad de la noche. Sintió el cuerpo de la mujer ansiosamente, pero al mismo tiempo bajo el imperio de un extraño terror. Y dijo únicamente:—"Señora, no la olvidaré nunca!", y se fué.

Cuando la mujer quedó sola, antes de golpear a la puerta de la profesora —ante cuya ventana descendiera— oyó un ruido ladino suave. Era una zorra. La mujer lo conocía. Había algo en ella que la identificaba con todos estos deslizamientos en la oscuridad, y con todos estos hechos animales en la noche.

Diecisiete días después apareció el bulto.

Mejor, fué descubierto.

Quizás el gran presentimiento, el único que es más vivo que la suma de todos los días de una vida; el aviso oscuro y nítido de la muerte, había obligado al bulto a desviarse de aquel camino en caracol, cavado en la roca.

O, tal vez, el no—aviso, la fuerza incontrolable de lo turbio, la violencia gratuita de las cosas. . . .

El caso es que diecisiete días después apareció a unos tres metros de la barda derecha del camino, a las once de la mañana, el cadáver de aquel desconocido, sin nombre.

Sin duda, marchaba pegado a la derecha, con cierta intención de bien y cayó del lado de los buenos. O, quizás fué el azar, la lucha del corazón contra la piedra verde del hígado, y la balumba fiera de los hechos que sirven de señales y cepos al destino.



Dos indios aparecieron en la plaza barrida, en esa brevísima meseta, sobre la que dormía el pueblecito. Traían ya desde mucho antes de mirar las casas del villorrio, mucho antes de ver a nadie, traían los sombreros de mugrienta lana en las manos.

Se detuvieron frente a la puerta del Teniente Político y en voz baja se consultaron antes de llamar. El bajito, se adelantó y llamó, al fin.

Media hora después bajaba el Teniente con el Secretario y dos vecinos del pueblo arrancados a sus oscuros quehaceres. Los indios marchaban a los lados del grupo, soslayando los cuerpos y manteniendo los huecos de sus sombreros hacia el cielo, con una vaga esperanza.

—Allí, amitu!

—Allí, amu. . . ! Indicaron el bulto, deteniéndose. Y los huecos de los sombreros se movieron hacia el sitio donde yacía el desconocido.



El pueblo se extendía brevemente sobre el capitel de una meseta arenisca. A sus espaldas huía —abriéndose en abanico— una planicie flanqueada por grandes depresiones. El caserío situado en la proa de esta nave geológica, miraba descender hacia los valles un camino serpenteante de guijarros rojizos que rodaban al paso de las mulas de los arrieros.

A la derecha, cursaba un río —sonoro en la noche— casi inaudible a la luz del día y sus rumores. Una gran hoya —apretada de cañaverales— resplandecía al frente, en lontananza. Los Andes, cubiertos con suntuosas colgaduras, respiraban lentamente bajo el cielo cambiante.



En la noche de su llegada, la mujer de cabellera como miel nocturna, había oído el rumor del río, —la gran envergadura giratoria en las tinieblas, —mientras el joven fraile disfrazado de civil, con cha-

queta de albañil y pantalones amarillos, la recibía en brazos, ayudándola a descender del caballo. Ella, recordó que sus nalgas estuvieron por un instante sobre el pecho del joven diácono. Y sintió las manos de él en su cintura, a los lados de los senos que temblaron, y bajo las axilas. Entonces, él, por detrás, le había dicho con la celeridad de las frases irreversibles: "Señora, no la olvidaré jamás!" Y ella le había contestado —lo recordaba sólo ahora, frente al pequeño espejo, mientras la profesora repetía una lección al coro mixto de chicos— "Váyase pronto, por Dios! Ya viene la mañana!" El había partido; y cuando ella tocó a la puerta de la profesora, una zorra se había deslizado como una mujer que comprende todos los peligros y sin embargo ama la noche en la que puede moverse astutamente.

Cuando el Teniente Político se detuvo frente al cadáver del desconocido, tenía a sus espaldas un grupo considerable formado lentamente por señas, a lo largo del camino.

Se volvió y dijo:

—Sean ustedes testigos. La autoridad va a levantar este cadáver. Conoce alguien al difunto que tenemos a la vista...?

Se oyó entonces un murmullo general, en forma de cosa achaparrada, negando, defendiéndose de posibles claridades.

En seguida, después de examinar a piernas abiertas, encorvado y rodeando al caído, el Teniente empezó: —Señor Secretario, anote usted: "el fallecido se encuentra de espaldas sobre la cangahua; tiene encogidas las rodillas hasta la altura del pecho; con las manos se rodea la garganta; una baba verde le cae de la boca. En lugar de zapatos, lleva sandalias..."

ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

• Dentro de un poncho orejudo y negro, cuyas puntas sostenían cuatro indios, el cadáver del desconocido llegó a la plaza, de la que huyeron las pequeñas lagartijas, desarenando su imperceptible fuga.

Cuando el grupo se detuvo frente a la casa del Secretario Roque Gavilanes, el Teniente increpó a los curiosos, y señaló a dos de ellos, vecinos de la plaza.

—Ud. Sr. López, y Ud. Sr. Morales, pueden pasar si quieren servir de empíricos en el reconocimiento y la autopsia.

Los aludidos aceptaron; y, atravesando la fresca tienda y el oscuro estanquillo de propiedad de Roque Gavilanes, se vieron en el primer patio, bañados de súbito, en la luz rojiza que lanzaba un hacinamiento de ladrillos recién horneados, heridos por el sol.

El Secretario que se había quedado entre los estantes del estanquillo, recubiertos de hojas de periódicos pegados con agrio engrudo, entró en el patio con una botella verde y un vaso corto que empuñaba como al pescuezo de un gallo, mientras bajo la base se agitaba el cuerpo del deseo alcohólico, como el presunto cuerpo del ave.

—Siempre es bueno un trago antes de abrir un cadáver; —dijo, y su boca de labios anchos, mansos, lentos, sonrió como una doble rebanada hasta tocar los lóbulos de las orejas gordas y colgantes.

—Evita las náuseas; señaló un empírico, entusiasmado.

—Venga!, —exclamó el Teniente— y que no sea el último, mientras dure la cecina. —Y, los instrumentos...?

—Adelaidaaa! Trai la caja!; —gritó la gran rebanada, dirigiéndose a una ventana del segundo piso. —Y que no vengan los chicos...! Mejor, mándame con el ciego.

Los indios habían depositado el cadáver en el centro del patio, aún sobre el poncho negro y veían la botella con silencioso y triste deseo.

—Vengan ustedes también!, —dijo el Teniente.

—Diosolopagui amitu!, —contestaron a un tiempo.

—Ahora, tráiganle al muerto acá. Súbanle...! (Les indicó una mesa tenebrosa de mugre, de la que partieron, azoradas, las turbulentas moscas del verano).

En ese momento apareció en la escalera sin pasamano, una sombra corpulenta, con la cara hacia el cielo. Traía una caja chata. Con la mano izquierda, tanteaba el muro al bajar. Su rostro bañándose en la luz del cielo; descendía las gradas con tardos y precisos movimientos. Cuando estuvo al nivel del patio, giró con todo el cuerpo como sobre un eje invisible hacia el ruido que alzaban los indios al disponer el cadáver sobre la mesa.

—Buenos días, Señor Teniente, —dijo la sombra, y sus ojos blancos, como pedazos de huevos duros, brillaron de comedimiento.

—Aquí tienen la caja, señores cirujanos; —continuó, y se inmovilizó con el estuche en actitud de ofrecimiento.

El Secretario echó un poco de aguardiente en el vaso y se aproximó al ciego. —Julián, toma un trago!

Depositó el vaso sobre la caja que el ciego mantenía frente a sí. Al sentir el peso, el ciego sostuvo la caja con la izquierda, y con la derecha libre —haciéndola girar cautelosamente— tomó el recipiente y bebió. Lo volvió a colocar en el mismo sitio como sobre una bandeja, y sus ojos de brillante moco sonrieron con picardía.

—Gracias, patrón!

Rieron todos y el Secretario le quitó la caja.

—Andate y no dejes que vengan los chicos.

—Les estoy peinando—, aseguró el ciego—. Giró sobre su eje de tinieblas, y se alejó por el mismo camino.

—Yo, por lo menos, oleré; —exclamó, para sí.

Luego, con su voz estentórea, preguntó:

—Qué clase de ojos tiene este finado...?

—Verdes como los tuyos, cuando estás borracho.

Cuando la mujer terminó de echarse la capa de polvos frente al espejo, entró la profesora. Estaba ligeramente alarmada. Al mirar los bellos brazos de la dama, se tornó súbitamente maligna, inquisitiva.

—Señora, —dijo— sabe usted que han encontrado un cadáver?

—Algún joven? Quiero decir si es un joven?

—No sé; no es del pueblo. Le han...

—Por qué, Dios mío! Cuándo ha sido...?

—Ahora. Vamos, salga...

—Pero, no puedo así; al menos... espere que me pinte los labios.

—Apúrese; vuelvo...

La maestra salió, confusa. La mujer blanca continuó pintándose la boca como para una fiesta. El cutis de su rostro resplandecía y se organizaba con nueva expresión alrededor de los labios que iban viéndose —libres y bellos— a cada toque. Se miró los ojos. Estaban negros y luminosos; pero desde la noticia, se habían tornado misteriosos de presentimiento y de una suerte de secreto coraje.

En ese momento, tocaron a la puerta. Era el Teniente Político.

Cuando la mujer blanca —nueva en el pueblo— abrió la puerta, el funcionario se inclinó. (Era un viejo noble, desgraciado desde hacía diez años, en que se había dado al aguardiente y había aceptado el adulterio, como la gran sarna de la alcoba).

—Perdone usted, señora; —dijo y se inclinó otra vez proyectando el fleco del poncho hacia el suelo.

—No es molestia; entre.

—Aquí, aquí no más. Vengo porque tenemos un cadáver; un cadáver encontrado aquí, como debe usted saber, tal vez...

En ese instante, el viejo funcionario sintió fuertemente su propio cuerpo bajo el poncho saturado de alcohol y deseó, ansió que la mujer pudiera estar enredada y perderse en aquel oscuro asunto. Ansió con rabia, pero ignorando al mismo tiempo su deseo, porque la violencia animal del furor por la mortecina, estaba más allá de su conciencia diurna; y él, Aquiles Tapia, no se percataba de su maligna ansiedad subcorporal.

—Y, qué puedo hacer yo? —preguntó ella, turbándose y pensando al mismo tiempo que sus ojos habían dominado más intrincadas situaciones.

—Pensé que usted como persona de la ciudad, pudiera identificar el cadáver...

—Yo? Un cadáver de la ciudad...? Pero no advierte... Y, parpadeando y sonriendo con la ingenuidad que había matado en sus juegos de los ocho años al permitirles caricias a los chicos; pensó: "Borracho imbécil; me mira la garganta y los senos y quisiera poseerme aquí mismo, en el suelo (conozco la lujuria que remueve el alcohol); con esos labios morados y hediondos a aguardiente. Ya mismo me desmayo. El corazón me va a estallar con la maldita sangre que debiera arrojar por el repugnante ojo de este mes..."

—Debo verlo, entonces...? —Inquirió, invitando al hombre una mejilla y el arroyo ebúrneo del cuello desnudo.

—Le ruego esperarme fuera.

Entró y cerró la puerta. Se asfixiaba. En la penumbra alzó los brazos y respiró profundamente. Tomó la jarra y bebió unos sorbos. Se aproximó a la ventana y miró el pueblo, pequeño y triste. "Desgraciados, qué pueden sospechar de mí...? Y si realmente fuera él, (el que supongo), qué culpa tendría yo? Acaso una mujer debe responder por los sentimientos que despierta en un hombre? Además, qué hombre puede ser un muñeco que ha huído siempre de las mujeres hasta entrar en un claustro, y que apenas siente el olor del primer corpiño es capaz de traicionar a su Dios, y a sus votos? Yo, sentí sólo curiosidad; no lo necesitaba como hombre; quería ver cómo proceden en ese instante, con todas esas faldas y escapularios que les impiden los movimientos... Pero, por otra parte, es verdad que quise enloquecerlo de deseo; porque aquella vez me desnudé fingiendo no advertir que la ventana estaba abierta, cuando en realidad el aire me lamía los senos y los muslos y sabía yo que él fingía leer en el breviario nuevo que le había regalado; pero en realidad me devoraba con los ojos, con esos ojos pequeños, amargos, sucios, bordeados de patas de araña. Y, no me importa, al fin, que haya muerto, si es él! Tengo que morir y matar mucho aún, durante toda esta vida...! Pielles humeantes...! Y bestias encima...! Puaf!"

—Vamos; —dijo marchando resueltamente al lado del funcionario.

Cuando la profesora volvió al cuarto, sintió el fantasma de aroma dejado por la dama y vió el estuche de toilette, abierto sobre la mesa. Dentro, brillaban espejos, pomos, tenacillas, un largo peine de marfil con mariposas de oro, diminutas como chispas. "La gran señora —pensó con rabia amarga—, la noble dama! Corrompida entre pomadas y juguetes brillantes! Por qué vino a verme precisamente a mí?... Soy capaz de escribirles una carta al marido y a los hijos. (Pero, no; no!) Quizá es mejor sufrir un tiempo más a esta zorra vagabunda. (Y, además, jamás podré hacerle daño!). Me dejará dinero como las veces anteriores, en el otro pueblo, cuando llegaba sola y venía tras suyo un jovencito a encerrarse con la astuta y yo tenía que oírles acezando y chillando toda la noche en la cama que les había prestado, sin poder también yo gritar, sin tener yo también un hombre a mi alcance para gritar!"

Cerró la puerta y salió. Desde el entarimado bamboleante, vió ya al otro lado de la plaza las dos figuras. La dama era más alta que el funcionario; y, cuando cruzaron la bocacalle para llamar a la puerta del Secretario, pudo notar la profesora que, además de la esbeltez, la dama lucía una aureola de pálida electricidad, algo como el residuo de la vida nocturna de las ciudades y los salones iluminados.

El Teniente Político, se encorvó e hizo coincidir su boca carnosa con el ojo de la cerradura, en la puerta casera del Secretario. Gritó: —Rooo... que!

La hoja se abrió poco a poco.

—Ah...! Buenos días, Niña! Pase. Entre señor Teniente...

Ella se inclinó. Con el rostro iluminándose el hombro izquierdo, cruzó el abra de la puerta. El olor punzante y repulsivo del aguardiente, le obligó a decir algo, arriscando las narices.

Comprendiendo el disgusto de la señora, el Teniente se apresuró a excusar aquella situación.

—Señora, le ruego perdonarnos; pero, cuando tenemos autopsia, tomamos unas copas...

—Parece que los cadáveres menudean...

El viejo no quiso entender la frase.

—Señora, un momentito; dijo— hasta que cubran el cuerpo del difunto...

Ella, se detuvo arrimada levemente al rústico perchero en el que tintinearón unas botellas. El contacto de su cálido cuerpo con los listones de eucalipto, despertó en la madera el antiguo aroma. Y una pequeña onda, abandonando el leño, atravesó el viciado ambiente del estanquillo.

—De qué madera hacen aquí los ataúdes?;— interrogó, con un escalofrío, sobre los brazos desnudos.

—Traemos tablas de pino de San Juan...

En ese instante volvió el Secretario.

—Puede pasar su merced.

Entraron.

La luz repentina no les permitió ver en el primer momento sino una especie de amontonamiento de gradas sobre un tejado; unas figuras humanas colgadas de alambres rojos y unos círculos de humo que se abrían y cerraban en el centro del cuadro.

Un olor agrio y nuevo permeaba el ambiente, transportando la escena hacia un clima de absurdas vibraciones.

Después de un momento, la impresión inicial desapareció y contemplaron la verdadera escena, inmóvil, en el patio anegado de sol.

Uno de los empíricos retiró la botella de aguardiente de la mesa, y los pies del cadáver quedaron aparentemente privados de su ocupación inmediata, pues el frasco había reposado junto a ellos hasta ese instante y los dedos gordos parecían indicar la altura del licor. Ahora, yacían sin objeto. Y tal vez ya nunca recuperarían su inusitada importancia. Era la última actitud viva que habían ejercido.

Los tobillos mostraban lastimaduras. Alrededor de ellos se enroscaba la huella pálida de las correas de las sandalias. Las rodillas, recogidas, mostraban grandes callos amarillentos, más muertos que el resto del cuerpo. Los muslos flacos, poco velludos, estaban recorridos por hondas depresiones verdosas.

Le habían echado sobre el vientre una vieja chaqueta de jornalero.

Cuando la dama de la ciudad se aseguró de que el cadáver tenía cubierta la parte media del cuerpo, se decidió a avanzar. Los empíricos retrocedieron hasta el lugar en que se encontraban los indios. El Teniente y el Secretario se colocaron a la cabecera. La mujer extrajo un pañuelito perfumado y hundió en él las narices. Se situó a un paso de la mesa. Sus largas pestañas negras aletearon sobre la visión, como pequeñas aves acoplándose y quedaron fijas al entrecerrarse.

—No lo conozco. Nunca he visto a este hombre; —afirmó.

Un gallo cantó, entonces, sacudiendo gozoso las fuertes alas. Otro, le contestó desde la plaza; un tercero les rebatió, de lejos.

En ese mismo instante el ciego asomó su extático rostro por el ventanuco y se quejó:

—Patrón, el niño Pedro está llorando por nada!

—No lo conozco, —protestó nuevamente la dama, encarando a los dos hombres.

—Perdone Señora, esta es toda la molestia!

El Teniente permaneció en silencio, mirando la cara extasiada y ausente del ciego recortada en el ventanuco. Después, como recordando bruscamente algo, sacudió la cabeza.

—Quién tiene la botella? Un trago!

—Creí que debía esconder; — se excusó uno de los empíricos que la había guardado.

—Claro...! Lo que no me explico es por qué vino a morir aquí este hombre. Salud!

—Para el acta de reconocimiento, éstos datos; dijo el Secretario— y leyó aproximándose al Teniente: "Edad, treinta años, más o menos; raza, americana; uno setenta de estatura; no presenta huellas de malos tratos en ninguna parte del cuerpo; ropa de jornalero que parece prestada al difunto; no usa camiseta; lleva camisa sin cuello; sandalias, sin calcetines; y en el antebrazo izquierdo tiene grabada la palabra "APSARA".

—Sara...? Veamos!

—A-p-s-a-r-a, Señor Teniente.

—Ah, es una costumbre. Es un tatuaje.

—Bueno. Ahora, a la obra: primero, la cavidad craneana, como dice el Código de Procedimiento.

El Secretario abrió el estuche de madera y extrajo un serrucho de ebanista. Tomándolo por la manija lo extendió hacia el sol.

—Vengan; dijo a los indios. —Quítense los sombreros y arremánguense.

Se puso a la cabecera y se santiguó, dibujando una gran cruz brillante con la hoja dentada.

—Vos, sujétale los hombros. Vos, la quijada. Duro! Posó el serrucho sobre la frente helada, rozando las cejas inmóviles y secas.

Al indio pequeño que sostenía los maxilares, se le congestionó súbitamente el gran bocio parecido a escroto de toro; y, cerrando los ojos con horror, volvió el rostro.

El Secretario impulsó diestramente el instrumento y lo retrajo hundido ya en la carne lívida. La piel abúlica y laxa se replegó en un pequeño oleaje y el entrecejo adquirió de repente un vivo gesto de disgusto.

El serrucho tocó el hueso frontal y empezó a roerlo con acento irónico. El Teniente, tomó inmediatamente la botella y se alejó con dirección a la puerta del huerto.

—Yo no aguanto ésto! Se me destempla hasta la pretina!

Cuando el Secretario creyó suficiente, ordenó a los indios:

—Pónganle de lado!

En seguida, sobre las manos confusas y torpes de los indios, gritó:

—Sin miedo, carajo! Los muertos no muerden....

Cuando el cuerpo estuvo dispuesto, serruchó prolijamente el contorno, siguiendo sin conocer, pero con seguridad, la raíz del arco cigomático. Luego, alzó la hoja llena de adherencias de carne sanguinolenta y pequeñas esquiras.

—Limpia el serrucho; —ordenó al del bocio.

Atolondrado, el indio buscó algo en torno, con los ojos.

—Limpia con los dedos, carajo!

El hombrecillo obedeció al instante, sin reflexionar; sacudió la mano haciéndola chasquear y se la frotó en la parte trasera del pantalón.

Colocaron el cadáver bocabajo. Las nalgas hundidas y duras tenían vaga semejanza con un trebol embutido, y la lividez vítrea de los talones, la apariencia de estar labrados en la rancia cera de los tenebrarios.

El Secretario aplicó el serrucho sobre la protuberencia occipital, después de tantearla con dedos expertos, como probando una fruta. El instrumento chirrió con árido rasguño, sacando rítmicamente por los lados, breves greñas pegadas a grumos de sangre y partículas de cuero cabelludo.

Completó el cerco seccionando la base del parietal izquierdo y recorrió atentamente toda la línea con los dientes pequeños del instrumento.

Entonces, mandó a los indios:

—Sujétenle los hombros; voy a destaparle los sesos.

Situándose detrás del cadáver, empuñó un manojo de cabellos. Se afirmó en el borde de la mesa y tiró. Un ruido hueco llenó el pequeño patio

—Cloc...!

El Teniente asomó por la puerta del huerto.

—Ya...? Qué tal?

—Vea este corte. Ni una falla!

—Dicen que los Incas bebían chicha en el mate de los españoles; —aseguró el Teniente, acariciándose el mentón con aire de misterio. El alcohol había puesto ya un viso de confidencias en sus ojos. Escupió sonoramente y fué a ponerse de cuclillas frente a la masa encefálica. Parecía una gigantesca mimosa cerrada. La recorrió a ojos cegarritas, y exclamó:

—Un puñado de nubes apretadas! Y pensar que yo... que todos... al fin!

El Secretario había colocado la tapa ósea sobre una pila de ladrillos y la observaba. De pronto, gritó:

—Señor Teniente, mire esto!

El funcionario acudió. Durante un momento, ambos hombres se miraron sin comprender.

—Esto sí, que no esperaba...!

Los empíricos se habían acercado y miraban también **aquello**.

—Señor Teniente —dijo uno de ellos— entonces se trata de un...

—Naturalmente!

—Para nuestra desgracia, el Cura no está en el pueblo. Regresará el sábado.

—Yo creo que no debemos hacer constar en el acta esta circunstancia...

—Pero, cómo no vimos antes?

—Estaba tapada con el pelo.

Los hombres contemplaban aquello prolongadamente. Era un círculo perfecto.

—Debe haber cantado misa últimamente.

—Pero, cómo es que siendo sacerdote vino a morir aquí, en esta forma, vestido de hombre!

—No toques; es sacrilegio! —gritó el Teniente al indio pequeño que se había aproximado y contemplaba la tonsura.

—Aunque esté muerto es cosa sagrada!

En este instante se oyeron golpes a las puertas del estanquillo.

—Ssssshss! Un momento!, —dijo el Teniente, y extendió su mano hacia los hombres, admonitiva, enfocándoles como con una linterna. Y comenzó a alejarse cautelosamente, dejando siempre tras de sí su mano abierta. La mano le siguió así —el dorso hacia el dueño, la palma hacia el grupo. Y se perdió tras su propietario, en la penumbra del estanquillo.

Volvió con aire de misterio y malicia. El Secretario se le acercó.

—La Señora de la ciudad, ha regresado; —dijo .

—¿...? Las cejas del Secretario se elevaron.

—Me ha dejado dinero. Dice que le compremos un ataúd; que siente compasión...

Cuánto...? Veamos!

El Teniente cerró los ojos hasta comerse las pestañas con la carne tumefacta de los párpados y sonrió con picardía.

—Un billete de cien.

—Vamos a medias?

—Según el entierro...

Al volver frente al cadáver, el Secretario expresó su opinión:

—Creo que no debemos seguir; es un cuerpo sagrado.

—Pero ya empezamos!

—Sí, pero no sabíamos. Habiendo visto la tonsura, sería un sacrilegio.

De pronto, todos se volvieron, sacudidos por la voz descomunal del ciego que volvía a recortarse en el ventanuco.

—Señor Teniente: yo puedo jurar que este hombre llegó tras la advenediza que dizque está en el pueblo. Soy ciego, pero...

—Cállate ciego. No sabes nada. A este hombre, es decir a este sacerdote, le trajo tal vez el estudio... o la...

—...la penitencia; agregó un empírico.

—O un acto de humildad! Muchos santos han ido a morir en las montañas.

—Ya lo creo. Devorados por los animales feroces y los buitres.

—Lo mejor es dar parte al Obispo. Que vaya un hombre a caballo. Mientras tanto, depositémosle en la iglesia; —aconsejó sesudamente el Secretario Roque Gavilanes.

—En el templo, no! En la sacristía; pero antes hay que cubrirle con algo.

—Sí, señor Teniente.

El Secretario se volvió a echar un vistazo al cadáver y le pareció que éste había sudado. Se dirigió a las habitaciones de la casa y retornó con un pedazo de lienzo negro.

—El color negro infunde respeto!, dijo a los empíricos. En ese momento, el Teniente sacudió la cabeza como siempre que le invadía un nuevo deseo.

—Señor Secretario, —exclamó de pronto— Tengo una idea, hasta mi regreso, ordene a los indios que lleven el cadáver.

Atravesó resueltamente la plaza y llamó a la puerta de la profesora. No tuvo respuesta.

Dió la vuelta a la casa, siguiendo una veredita de ladrillos viejos, deshechos en su mayor parte, por la intemperie. Vió el corral. Llamó a una ventana cerrada por cuyas junturas se escapaban lentas túrdigas de humo. Olía a leña de eucalipto.

Una india vieja salió, poco a poco. Traía una de sus sarmentosas manos a modo de visera.

—Dónde está la maestra? —inquirió el funcionario.

—Fué a Loma Chica, a dejar a Niña blanca!

El Teniente se aproximó y le puso una mano en la espalda. La mujer no movió un músculo, y clavó los ojos en el suelo. El Teniente hizo afectuosa la voz:

—Oye, doñita: Qué hacía aquí esa niña blanca?

—Nada amu...! Es Niña, sulu!

—Ahá! Bueno, hija.

Tomó la senda de la Loma Chica, de donde partía el camino hacia el Sur, hacia la playa distante y los cañamelares.

Diez minutos después divisaba a la profesora. Vió brillar los lentes de la maestra, mientras agitaba un pañuelo.

Poco después oyó el rumor del gran río, llevado en girones centelleantes por el viento. Y percibió un tibio aroma de follajes tropicales.

La maestra se volvió sobresaltada.

—Dios mío, creí que...; —hizo la voz acongojada y sonrió deseando agradar al funcionario.

—Señorita —dijo el hombre, mirando misteriosamente el horizonte— Señorita, puede usted decirme qué hacía aquí esa Sra.? Hay algo que no alcanzo a.....

—Es una amiga, señor Teniente. Muy noble y muy rica. Vino porque se fastidia todo el tiempo en la ciudad.

—Humm!

—Esta mañana contrató un arriero. Se va a la hacienda.

—Cómo se llama la señora, su amiga?

—Apsara, señor.

—Apsara! —El funcionario repitió el nombre, abriendo progresivamente los ojos a cada letra. Y miró luego con cólera a la maestra.

—Ya lo supuse! La palabra del muerto!

—Cómo...? Habló el cadáver?

—No; pero tenía ese nombre tatuado aquí, en el brazo!

—Mire, en este instante cruza el puente!—dijo la maestra, indicando un punto en el valle.

Sobre el río de aguas lentísimas, casi inmóviles, cabalgaba un puente que mirado desde aquel reborde, parecía estar hecho de palillos. En el centro, se movía una mancha roja, no mayor que una chinche.

—Una verdadera zorra! —dijo para sí el Teniente, pero fué escuchado por la maestra. Suspiraron juntos. Y abandonaron sus miradas a la lejanía.

ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

Acariciándose la barba erizada, el hombre pensó nebulosamente: "Las zorras saltan denoche los arroyos; atraviesan los valles con la cola baja y tensa; en el trayecto lanzan breves secreciones de orina fétida para alejar a sus pequeños enemigos; corren entre los alisares de las riberas; cruzan los puentes por las balaustradas, desafiando al abismo; saltan los tapiales y se escurren a lo largo de los muros; entran en los gallineros y atrapan a las aves por el cuello; les abren el vientre; devoran en el regazo mismo de las gallinas los huevos en formación, y entierran los pedazos que no logran tragar!"

—Sí. Entierran los pedazos para el día siguiente! —dijo en voz alta, y suspiró moviendo la cabeza con desaliento y vaga ironía.